

que importamos inflación, sino que la inflación cobra su mayor fuerza desde el momento en que las mercancías son desembarcadas en nuestros puertos.

Como la deficiente alimentación se ha hecho en el venezolano de las clases trabajadoras y media una situación tradicionalmente sufrida y por tanto aceptada con resignación, casi fatalmente, él se refugia en el alcoholismo y en el tabaquismo, para paliarla. En el medio rural estos problemas cobran caracteres realmente graves. El salario del campesino y del obrero es dedicado en casi el 25% al consumo del alcohol y en 10% más al consumo del tabaco. El 50% es dedicado a mal alimentarse él y su familia y casi no le queda margen para pagar otros gastos indispensables. Por ello ese estado de crónica angustia, de miseria endémica en que vegeta una parte considerable de la población venezolana.

Según cálculos médicos hechos todas las necesidades normales del consumo alimenticio están insatisfechas. El déficit llega a veces a un nivel demasiado bajo. Cada persona debe consumir anualmente cuando menos 108 litros de leche; el consumo actual es de sólo 66 litros en el promedio. El consumo de huevos debe ser normalmente de 8 y medio kilogramos por persona y por año cuando menos; el consumo actual es de 3 y medio kilogramos. El consumo de grasas debe ser de 20 kilogramos anuales; actualmente se consumen por persona 2 y medio kilogramos. La necesidad de azúcar está calculada en 40 kilogramos por año; consumimos sólo 10. Las carnes de todas las especies deben consumirse en cantidad anual de 121 kilogramos; cada venezolano, en el promedio, consume 30 kilogramos. La necesidad de frutas es de 118 kilogramos; nuestro consumo es de 29 kilogramos. La lista de estas relaciones de hipoalimentación sería larga y acrecentaría la pena en el lector. Le llevarían a la conclusión de que somos un pueblo medio muerto de hambre. Esto podría ser sorprendente para el extranjero que sólo conoce el aspecto positivo de nuestra situación económica; también lo sería para los buenos señores que se sientan cada día ante una mesa bien servida y que constituyen minoría numérica en el conglomerado nacional; lo sería para los poetas y filósofos que vagan constantemente entre las nubes, rodeados del incienso y mirra; pero no puede serla para la gran mayoría del pueblo, los obreros y campesinos, los empleados modestos, toda esa corriente humana que sin embargo tiene fuerza para extraer el petróleo de la ardida entraña de la tierra, para sembrar el árbol de la hacienda ajena; para manejar la máquina en el buque-tanque aceitero, para pastorear el ganado en la sabana límite, para recolectar caucho y balatá en las selvas guayanesas, para guiar el bongo sobre la superficie de los ríos llaneros y para levantar altos edificios de corazón de acero en la urbe capitalina, cuyo traje cambia demasiado aprisa, tanto como sus apetencias, sus costumbres y su ansiedad de vivir confortablemente.

A pesar de que las divisas no están racionadas, el venezolano pobre sí lo está en cuanto a alimentación se refiere. Pero ni siquiera es un racionamiento equilibrado, si cabe la expresión. En su debida dieta abunda lo más barato y lo más fácil de adquirir, porque se encuentra a la mano. Así, mientras el peón llanero se alimenta casi exclusivamente de carne, los campesinos y el obrero de la ciudad sólo

pueden muy de tarde en tarde hacer figurar en su mesa este manjar. Ni aun cuando viene de la Argentina.

Un señor, del que se dice que es muy humanitario, llamado Nelson Rockefeller, ha ideado un modo de alimentar al pueblo venezolano. Los gobernantes del régimen depuesto le abrieron los brazos y le proclamaron el tercer libertador de este país. El magnate petrolero yanqui no sólo invierte sus dineros en super-mercados a todo lo ancho y largo de Venezuela, sino que dirige "campanas de educación pública sobre la nutrición y la preparación de alimentos utilizando literatura, radio, prensa, películas, centros de información y demostración a domicilio". El humanitario señor no sólo se propone "efectuar ganancias" sino contribuir al mejoramiento físico del venezolano, que le merece solícita atención. Para ello ha instalado una cadena de distribución de alimentos enlatados, cuyo objeto confesado es "desarrollar lazos más directos entre labrador y consumidor". Suponemos que es una forma refinada de apretar más el lazo de la explotación despiadada en torno al cuello del campesino y del obrero de las zonas rurales del país. Las compañías petroleras se dieron cuenta exacta del filantrópico cometido de Mr. Rockefeller y se apresuraron a ofrecerle su óbolo en forma de dieciocho millones de dólares invertidos en el negocio de los super-mercados, "para ayudarlo a producir suficientes alimentos y redu-

cir las tan costosas importaciones que hacen los venezolanos". Hasta ahora que sepamos, la campaña ha consistido en hacer uso de las extraordinarias facilidades comerciales de Mr. Rockefeller para importar alimentos y artículos similares a precios más bajos que los que encuentran en el mercado norteamericano los importadores venezolanos y venderlos en nuestros mercados a iguales precios que los que fijan los comerciantes criollos. En ello ha constituido, hasta el momento actual, la campaña edificante de la CVEB.

Sin embargo, supuesta la ignorancia en materia alimenticia del venezolano y concluida la campaña de culturización popular en pro de una vida mejor, no creemos que nuestra mesa estará mejor servida por eso. Los conocimientos dietéticos no valen cuando los ingresos no son suficientes para adquirir los artículos fundamentales del buen comer, a los elevadísimos precios actuales. Es demostrado que las familias de las clases obrera y media dedican más del 50% de su ingreso a alimentos. No nos atrevemos a asegurar que se alimenten normalmente bien. Se lo impiden las dramáticas condiciones de nuestra economía.

Esta es la Venezuela feliz y contenta que se pregona en los círculos extranjeros como caso de prosperidad. La auténtica verdad la conoce el venezolano trabajador que cada día que pasa hace nuevos agujeros en el cinturón para aprisionar al hambre.

Sones nuevos de la lira costarricense

(En el Rep. Amer.)

RECUERDOS

Sencillez de tu casa de barro
que me llama a los lejos,
sencillez de tu casa de barro
que me tiene atado
con tantos recuerdos...
Sencillez de tu casa de barro
que me sabe a besos;
jardín de tu casa
que daba las rosas
que enredé en tu pelo...
Casita de barro
que fué el escenario de todo lo nuestro,
me parece verte anclada en la calle
pedregosa, oscura,
de mi humilde pueblo.
¡Casita tan blanca!
Dulce relicario de mi sufrimiento:
guarda bien mi joya
que quedó hilvanando
collares de perlas
con sus ojos negros...

PEQUEÑEZ

Hermano, ¡cómo nos ata el mundo!
Si no fuera por eso
nada limitaría
nuestra ansiedad de ensueños.
Hermano, cómo todo nos grita
que somos muy pequeños...
¿Recuerdas que no ha mucho
cabalgamos las horas con semblantes risueños?
¿Recuerdas que no ha mucho
mantuvimos combates con molinos de viento?
...Y sin embargo, hermano, cómo todo
[nos grita
que somos tan pequeños!

MARINAS

Tarde, mar y cariño,
cariño, tarde y mar;
horizonte infinito
como mi sed de amar...
Brisa, sol, canto de olas,
a soñar! A soñar!
Bajo aquellas palmeras
te quisiera besar.
...Noche, mar y cariño,
cariño, noche, mar:
envueltos en las sombras
y con ritmo de arenas
te quiero deshojar.

FRACASO

Sol que se hace pedazos muy cerca
de mi boca, muy cerca de mis labios,
sol que se hace pedazos...
Ilusión que se quiebra sobre la dura roca
de lo estéril, lo vano, lo incoloro
y sombrío...
Tarde que se oscurece tan repentinamente
que deja rezagado
el reloj de la iglesia.
Canción de la esperanza que enmudeció
en mi boca,
ilusión que se quiebra sobre
la dura roca
de los prejuicios vanos
y de la pose necia...

LUZ PARA EL ALMA

Hoy he visto la luz; era la noche
cuando la vi venir.
No era de soles la que ansiaba mi sed